

—V—  
Una tentación

Al despertar encontré a la gente que me rodeaba presa de gran emoción. Algunos soldados, decían, habían recorrido la ciudad durante la noche robando a los que encontraban y dos personas habían sido muertas.

Era día domingo. A las nueve, como las señoras Cabero no deseaban perder la misa, salimos acompañadas por los dos monjes. ¡Qué espectáculo tan repugnante presentaba la iglesia! El hermano Diego tenía razón. ¡Esa aglomeración de hombres, de mujeres, de niños y hasta de perros, ese hacinamiento de lechos, de cocinas, de vasos de noche, esa nube de humo, todo era verdaderamente escandaloso! Se cantaba la misa en un rincón, se comía y fumaba en otro. Fui a ver a mi tío y a mi tía quienes estaban instalados en la celda del prior con siete u ocho personas más. No pude decidirles a regresar a casa. Mi tío se arredraba ante la idea del saqueo. Como yo no sentía ningún temor regresé sola y me puse a escribir los acontecimientos de los tres días que acababan de transcurrir. Por la tarde mi tío insistió en quedarse en el convento. Pasé la noche en la casa sin más compañía que la de mi zamba. Esta muchacha me decía: “Señorita, no tema usted nada, si los soldados o las rabonas vienen a robar, yo soy india como ellas, su lenguaje es el mío. Les diré: mi ama no es española, es francesa, no le hagan daño. Estoy segura de que entonces no le harán nada porque ellos no atacan sino a sus enemigos”. Así se expresaba una esclava<sup>89</sup> de quince años. Pero, a ninguna edad la esclava ha ama-

<sup>89</sup> Esta muchacha pertenecía a mi tía. (N. de la A.)

do a sus amos por dulces que éstos sean. El segundo día estaba todavía sola cuando dos oficiales vinieron a hablar con el señor don Pío. No quise confesarles que mi tío se había escondido. Les hice entrar en mis habitaciones, les dije que don Pío estaba ausente y les pregunté lo que deseaban para él.

—Señorita, deseamos que su señor tío, como uno de los notables del país, venga a hablar con el coronel Escudero que reemplaza en el mando a San Román, muerto en la batalla. Somos los vencedores y los arequipeños abusan de nuestra moderación al continuar tratándonos como a enemigos. Desde nuestra entrada en la ciudad todas las casas están cerradas, nuestras tropas están sin pan, nuestros heridos abandonados moribundos en el campo de batalla, mientras todos los habitantes se obstinan en permanecer en los conventos como si viniésemos aquí para matarlos. Usted es la primera persona a quien podemos comunicar nuestras necesidades. Pero usted comprende, señorita, que este estado de cosas no puede prolongarse por más tiempo.

Hablé largo rato con estos señores y me parecieron muy moderados. Cuando salieron corrí a Santo Domingo a prevenir a mi tío y a las personas refugiadas allí. En cuanto se supo que San Román había muerto y que el coronel Escudero mandaba en su lugar los espíritus comenzaron a tranquilizarse. Este último era conocido y muy querido en Arequipa. Casi todos salieron del convento para regresar a sus casas y mi tío fue enseguida a hablar con Escudero.

Cuando regresó me dijo:

—Estamos salvados. Yo personalmente no tengo ya nada que temer. Escudero me debe mucho y me guarda mucha consideración. La muerte de San Román ha dejado al ejército sin jefe ¿creerá usted que me ha propuesto hacerme nombrar?

—¿Aceptaría usted?

—¡Oh! Me cuidaré muy bien de hacerlo. En semejantes crisis hay que mantenerse apartado. Cuando más tarde esté todo tranquilo trataré de colocarme en un puesto a mi gusto. No quiero ya comando militar. Estoy demasiado viejo.

—Me parece, tío, que justamente en las crisis difíciles es cuando los hombres como usted deberían ofrecer el concurso de su talento y de su experiencia.

—Florita, es una suerte para usted no ser personaje político, su abnegación la perdería. Lejos de ofrecer mis servicios a estos ignorantes quiero dejarlos engolfarse en los obstáculos y las dificultades. Mientras más los tengan sentirán mayor necesidad de llamarme a su lado. Los veré venir a rogarme, a suplicarme y entonces pondré condiciones.

Miré a mi tío y no pude sino pensar: ¡Pobres peruanos!

En esta circunstancia don Pío fue también a ofrecer a Escudero un préstamo de 2 000 pesos, animó a los Goyeneche, a Ugarte y a otros a seguir su ejemplo. El obispo ofreció 4 000 pesos, su hermano y su hermana 2 000 pesos cada uno y los demás dieron en proporción.

El tercer día Escudero hizo publicar un bando en el cual prescribía abrir las puertas de todas las casas en el plazo de tres horas y dejarlas abiertas como de costumbre<sup>90</sup> y advertía que las que permaneciesen cerradas serían derribadas por los soldados. Esta ordenanza obligó a los que todavía quedaban en los conventos a regresar a sus moradas. Para acabar de tranquilizar a estos pobres burgueses Escudero impartió a sus soldados la orden de pasearse por la ciudad con la severa prohibición de insultar a nadie.

Supimos por Althaus que el domingo 6 de abril Nieto y todo el ejército habían llegado a Ilay. Habían clavado los cañones, quemado los registros de la aduana y obligado al administrador, don Basilio de la Fuente, a irse a Lima. Ellos mismos, después de haber devastado el lugar, se habían embarcado en tres naves peruanas para dirigirse a Tacna.

Escudero entró en Arequipa el domingo por la noche de manera que nadie sabía con precisión cuántos soldados traía consigo. Se había anunciado primero la muerte de San Román. Cuatro días después circuló el rumor de que sólo estaba herido. En fin, al cabo de siete días llegó a Arequipa y entró también durante la noche.

He aquí la explicación de este asunto, tal como el mismo Escudero me la dio.

San Román, después de haber engañado a Nieto por tres días consecutivos con el único objeto de obtener víveres para sus tropas, se retiró a Cangallo sin presumir que Nieto lo seguiría. Quería, antes de librar la batalla, consultar con Gamarra y pedirle re-

<sup>90</sup> En Arequipa las puertas de las casas están siempre abiertas en tiempo ordinario. (N. de la A.)

fuerzos. En Cangallo encontró a Escudero con cuatrocientos hombres enviados por Gamarra. Los soldados de San Román festejaban a los recién llegados cuando, de repente, apareció el ejército de Nieto en lo alto de la Apacheta. Reinó entonces una gran confusión. San Román había permitido bañarse a sus soldados y una parte de ellos estaba desnuda cuando vieron a los arequipeños. Se creyeron perdidos. Sin Escudero que restableció el orden, iban a huir. Se inició el combate y se batieron con valor, pero muy pronto las municiones escasearon y la alarma cundió. Cuando San Román vio desbandarse a sus soldados creyó la batalla perdida y pensó que no le quedaba por hacer nada mejor que huir a su vez. Acompañado por alguno de los suyos se alejó en su caballo a toda velocidad. De este modo, cada uno de los valerosos campeones, espantados el uno por el otro, huía por su lado. Corrieron sin detenerse durante un día y una noche poniendo entre ellos una distancia de ochenta leguas. El terror de Nieto lo hizo ir hasta Islay, cuarenta leguas al sur. El de San Román hasta Vilque,<sup>91</sup> cuarenta y dos leguas al norte, un milagro juntó una parte de los soldados de San Román y los hizo regresar a Arequipa. Uno de los oficiales de este ejército, a quien Nieto había retenido prisionero en la alcaldía, vio desde lo alto de la casa la derrota de los arequipeños. Aprovechó el espanto del momento, montó en el primer caballo que encontró en el patio de la alcaldía y como conocía muy bien la localidad tomó un camino apartado por el cual en una hora llegó a Cangallo. Ordenó detenerse a los fugitivos y les dijo que Nieto se consideraba derrotado y huía hacia el puerto. Escudero y algunos otros a quienes encontró emplearon toda la noche y una parte del día siguiente en reunir a algunos soldados; lograron congregarse más o menos una tercera parte del efectivo y, seguros de no encontrar ninguna oposición, se dirigieron a Arequipa. Sin este oficial los dos ejércitos, creyéndose vencidos, hubiesen continuado su fuga

<sup>91</sup> Valdivia dice también que, en vista de la disolución de algunos de sus batallones, San Román huyó hasta Tayataya cerca de Vilque. Sus oficiales ignoraban su paradero el día en que ocuparon Arequipa. Entraron en esta ciudad el mismo día de la batalla unos 600 hombres al mando del coronel Escudero. Éste ofreció a los miembros de una comisión que el mismo general Nieto le hizo enviar tratarla con toda consideración. San Román entró en Arequipa el 10 de abril en la noche, habiendo corrido insistentes voces acerca de su muerte durante el combate. Dice también Valdivia que envió partes a Gamarra dando cuenta de sus dos victorias del 2 y 5 de abril logradas sobre las fuerzas de Nieto. (N. de la T.)

en direcciones opuestas y la ciudad no habría visto aparecer ni a defensores ni a enemigos.

Cuando Escudero me refería todos estos incidentes pensaba en Althaus para quien la ciencia militar es el árbitro supremo de los éxitos y de los reveses. Y sentía no poderle probar, con este ejemplo, cuán vanos son los hombres y su ciencia.

Se vieron obligados a correr hasta Vilque para advertir a San Román que había ganado la batalla. Él no entró en Arequipa hasta el séptimo día. Se decía que estaba herido en la cadera con el fin de disculpar este atraso, pero no había nada de cierto en ello.

Mi tío, que tiene el talento de estar bien con todos los partidos, si no participaba de la confianza de los gamarristas por lo menos estaba muy vinculado a ellos. Todos los días recibíamos a comer a esos señores, mañana y tarde nuestra casa estaba llena. Veía con sorpresa, al conversar con los oficiales, cuán superiores eran a los de Nieto. Los señores Montoya, Torres, Quiroga y sobre todo Escudero, eran hombres muy distinguidos.

Escudero, uno de esos españoles de espíritu aventurero y muy hábil que había abandonado la bella España por probar fortuna en el Nuevo Mundo, era según las circunstancias, militar, periodista o comerciante. Se prestaba a todas las exigencias del momento con admirable facilidad y tenía excelentes condiciones para cualquier género a que dedicase su prodigioso dinamismo, como si fuese la única especialidad de su vida. De espíritu vivaz, imaginación inagotable, carácter alegre y elocuencia persuasiva, escribía con calor y, sin embargo, sabía hacerse amar por todos los partidos.

Este hombre extraordinario era el secretario, el amigo y el consejero de la señora Gamarra. Desde hacía tres años ocupaba cerca de esta reina una posición de intimidad, objeto de la envidia de una multitud de rivales. Se había consagrado a su causa escribía para hacer prevalecer sus planes y rechazar los ataques continuos dirigidos contra ella. Combatía bajo sus órdenes, la acompañaba en su carrera de aventuras y jamás retrocedería ante las audaces empresas concebidas por el genio de esta mujer de ambición napoleónica.<sup>92</sup>

<sup>92</sup> Escudero fue efectivamente secretario de la señora Gamarra y gozó de los beneficios de su favorecida posición. Vargas lo describe así: "Ninguno más favorecido que el coronel Escudero, español, redactor de La Verdad a quien le

Desde la primera visita trabé amistad con el coronel Escudero. Nuestros caracteres simpatizaban. Me manifestó mucha confianza y me puso al corriente de todo cuanto había ocurrido en el campamento de Gamarra. Comprendí, por lo que me dijo, que San Román no había cometido menos necedades que Nieto.

—¡Qué desgraciado es este país!, me decía Escudero. No sé, en verdad, quién podrá hacer salir a los peruanos de la posición deplorable en que los hombres de sangre y de rapiña les ha colocado.

—¿Cómo es, coronel, que comprendiendo usted mejor que nadie la causa de las calamidades del país no ha tratado de poner remedio?

—¡Ay, señorita! Éste es el objeto de todas mis meditaciones. Pero sólo puedo presentar los medios de hacer el bien y carezco de la autoridad necesaria para ponerlos en ejecución. La señora Gamarra es una mujer de gran mérito, pero trabaja ante todo en consolidar el poder entre sus manos. Su ambición viene constantemente a trastornar mis planes para la felicidad pública y, consagrado a su servicio, me veo obligado sin cesar a proceder en oposición a mi voluntad.

—Había oído decir que usted tenía mucho ascendiente sobre esta señora.

—Más que cualquier otro, sin duda, pero muy poco en realidad. Cuando a fuerza de trabajo y de paciencia consigo modificar sus ideas, es un éxito que estimo feliz. Esta mujer tiene una voluntad de hierro que ni aun la adversidad podría domeñar. Toda resistencia la irrita y siempre está dispuesta a triunfar de ella por la fuerza. Hubiese sido una gran reina en un país donde sus decisiones no hubiesen encontrado obstáculo alguno. Pero en éste en donde para reinar es necesario tener numerosos partidarios y para conservar la autoridad hay que usar de ella lo menos posible, la señora Pancha de Gamarra no es tan conveniente. No se le puede

hizo dar 5 000 pesos. Periodista, comerciante, instruido, caballero, muy despierto, apto para la guerra como para la paz, alegre y de rica fantasía, tenía una conversación llena de amenidad que, unida a su buena presencia y modales finos, le atraían el afecto de los hombres y el amor de las mujeres. Se jactaba de ser el mentor de doña Francisca, pero es indudable que si ella le hubiese dado oídos habría hecho un papel más romántico y novelesco, es cierto, pero menos digno, generoso, histórico y varonil". (Historia del Perú Independiente, vol. 5, p. 182). (N. de la T.)

hacer comprender que los medios empleados para conquistar el poder deben abandonarse en cuanto se le ha obtenido. Con la anarquía de opiniones y el egoísmo reinantes entre los peruanos, después de las expoliaciones de que han sido víctimas, es preciso tener por objeto especial la protección de las personas de las propiedades y conciliarse a todos los partidos sin unirse a ninguno de manera exclusiva. ¡Ah!, señorita Flora, me arrepiento amargamente de haberme así comprometido. Desde hace tres años sirvo a doña Pancha con mi pluma y con mi sable y no he podido aún conseguir que adopte alguno de mis planes. Esto me desespera y aunque su carácter altanero y despótico me hace desgraciado lo soportaría con resignación si pudiese llegar a hacer algún bien. Sin embargo, esta mujer me necesita demasiado para que yo pueda pensar en abandonarla. Debo trabajar para que recupere una autoridad sin disputa. Si tengo éxito juro que arrojaré el sable y la pluma a cambio de la guitarra y tocaré durante tres meses sin preocupaciones de ninguna especie.

Al escuchar a Escudero me pareció evidente que estaba ya cansado del yugo que le había impuesto su todopoderosa ama y no buscaba sino un pretexto para sustraerse a él. Venía a verme todos los días y sosteníamos largas conversaciones. Tuve todo el tiempo necesario para conocer a fondo a este hombre y reconocí que él era quizá el único en el Perú capaz de secundarme en mis proyectos de ambición. Sufría por las desgracias de un país al que me había acostumbrado a considerar como el mío. El deseo de contribuir a su bien había sido constantemente la pasión de mi alma y una carrera activa y aventurera no desagradaba a mis gustos. Creí ver que, si yo inspiraba amor a Escudero, tomaría sobre él una gran influencia. Entonces me atormentó de nuevo la agitación febril de mi espíritu. Mis combates interiores se renovaron. La idea de asociarme con este hombre espiritual, audaz y despreocupado sonreía a mi imaginación. Al correr con él los azares de la fortuna ¿qué me importa, me decía yo, no triunfar si no tengo nada que perder? La voz del deber hubiese sido quizá impotente a hacerme resistir a esta tentación, la más fuerte que he tenido en mi vida, si otra consideración no hubiese venido a mi socorro. Temía esa depravación moral que el goce del poder origina generalmente. Temía volverme dura, despótica, criminal, semejante a quienes lo po-

señan por entonces. Temblé de participar del poder en un país en el que vivía mi tío... ¡el tío a quien había amado tiernamente y a quien amaba todavía, pero que me había hecho tanto mal!!!... No quise exponerme a ceder a un momento de resentimiento y, puedo decirlo aquí delante de Dios, que sacrifiqué la posición que me era tan fácil adquirir al temor de tratar a mi tío como a enemigo... El sacrificio era tanto más grande cuanto que Escudero me agradaba. Era feo para los ojos de muchas gentes, pero no para los míos. Podía tener de treinta a treinta y tres años, era de talla mediana, muy delgado, con los ojos brillantes y lánguidos y dientes como perlas. Su mirada tierna y su sonrisa melancólica daban a su fisonomía un carácter de elevación y de poesía que me subyugaban. Con este hombre nada me hubiese parecido imposible. Tengo la íntima convicción de que si hubiese sido su esposa habría sido muy feliz. En las tormentas originadas por nuestra posición política me hubiese cantado una romanza o tocado la guitarra con tanta libertad de espíritu como cuando era estudiante en Salamanca. Necesité esta vez de toda mi fuerza moral para no sucumbir a la seducción de esta perspectiva... Tuve miedo de mí misma y juzgué prudente sustraerme a este nuevo peligro por medio de la fuga. Resolví marcharme inmediatamente para Lima.

Nadie comprendió esta determinación tan precipitada. En vano me representaron que el camino a Islay estaba infestado por desertores que vivían del robo y me exageraron la descripción de los peligros que podía correr. No tomé en cuenta estas advertencias. Ningún peligro a mis ojos igualaba al que me exponía quedándome en Arequipa. Para escapar a él habría atravesado todos los desiertos de la tierra. Alegaba como pretexto que me era indispensable partir si quería llegar a Europa antes de la mala estación. Y como en el fondo, en casa de mi tío estaban muy contentos de mi partida, no insistieron más.

Un inglés conocido mío, Valentín Smith, se dirigía a Lima. Le pregunté si me quería por compañera de viaje. Aceptó mi propuesta. Tratamos con un capitán italiano que tenía un barco en Islay y decidimos salir el 25 de abril.

Antes de irme tuve que cumplir la tarea de las visitas. Según la etiqueta hubiese debido ir donde todo el mundo, como a mi llegada. Pero me limité a visitar a las principales familias con las que estaba en buenas relaciones y envié tarjetas a los demás.



Esas visitas me pusieron en estado de juzgar la extensión de los males que la guerra había causado en esta desgraciada ciudad. En cada casa vi correr lágrimas y a sus ocupantes vestidos de luto. Sin embargo estimé peores que las pérdidas ocasionadas por la muerte, la discordia y el odio que las disensiones civiles habían hecho brotar en el seno de las familias. Existían enemistades profundas entre parientes y aun entre hermanos. La libertad no figuraba para nada en estos debates políticos. Cada cual había abrazado el partido del jefe de quien esperaba conseguir más. Los epítetos de gamarristas y de orbegosistas distinguían a los dos campos entre los cuales se dividían las familias. La desconfianza reinaba en todas partes y trataban de perjudicarse mutuamente. Esos pobres arequipeños envidiaban mi suerte:

—¡Ah, señorita!, me decían en todas las casas, ¡qué feliz es usted de dejar un país donde los hermanos se matan entre sí! ¡En donde las exacciones de los enemigos nos reducen a la miseria, comprometen nuestras vidas y nos ponen en la imposibilidad de satisfacer las exigencias del enemigo!

Cuando fui a despedirme de la familia del obispo tuve un ejemplo palpable de las desgracias a que están expuestos los insensatos que colocan su felicidad fuera de sí mismos. Los Goyeneche no habían sido felices sino sobre montones de oro y la pérdida de una parte de sus riquezas trastornaba sus facultades intelectuales. La señorita Goyeneche, doña Mariquita, estaba tan vivamente afectada por las extorsiones cometidas contra todos ellos y por los ultrajes y diatribas dirigidas contra el obispo, a quien ella quería tiernamente, que su salud había quedado profundamente quebrantada y su razón vacilante. Tenía los ojos fijos, la mirada extraviada, los gestos bruscos. El sonido áspero de su voz no correspondía al sentido de sus palabras. Su fisonomía tenía una expresión extraña. Era como un espejo falso que reflejara invertidos los objetos exteriores. Hablaba con tal volubilidad que apenas se podía comprender lo que decía. Se hubiese creído que soñaba. Me di cuenta de que no reconocía a las personas que le hablaban. Llamaba a mi tío doña Florita y a mí don Pío o don Juan. Su exaltación era espantosa. Le dije en voz baja a mi tío:

—Esta pobre mujer está loca.

—Parece que sí. Ya me lo habían dicho, pero me había resistido a creerlo.

La locura del obispo tenía un carácter diferente de la de su hermana. Parecía afectado por otra impresión. No decía ya una sola palabra, no hacía movimiento alguno; tenía los ojos obstinadamente fijos en el anillo que llevaba en el dedo. Y él, generalmente tan amable, tan previsor, que recibía a todos con las muestras de amistad más afectuosa, no se movió cuando entramos en el salón. Parecía que ni siquiera nos veía. Su hermano se acercó a él y le dijo:<sup>93</sup>

—Es la señorita Florita que viene a despedirse. Va a ver a nuestro hermano Mariano, de Burdeos, ¿qué quieres que le diga?

Hizo entonces el movimiento de un hombre que sale de un largo sueño y dijo muy bajo, como si tuviese miedo de ser oído:

—Mi hermano Mariano es feliz, no lo matarán, ¡pero a nosotros nos matarán, matarán, matarán...!

A estas palabras la locura de Mariquita se manifestó con discursos incoherentes. Hablaba, gesticulaba, amenazaba. Esto hacía daño. Don Juan había conservado su razón y se encontraba de jefe de la familia.

—Vean, nos dijo llorando, a qué estado han reducido a mi pobre hermano. Su alegría y su amabilidad han desaparecido. Está como petrificado por el dolor. ¡Ay! Temo mucho que se vuelva completamente imbécil... Cada día su estado empeora. Las sacudidas recibidas han sido demasiado fuertes para la dulzura de su carácter. En cuanto a mi hermana, no me atrevo a mirarla. Sus ojos me dan miedo... Mi esposa y yo hacemos todo cuanto podemos para impedir que hable, pero es imposible. Habla sola, hasta de noche. Véanla ustedes ahora, continúa discurriendo sin darse cuenta de que no la escuchamos, está lo...

<sup>93</sup> El obispo Goyeneche no se volvió loco. Fue rudamente atacado. En El Restaurador de Arequipa se publicaban artículos contra él. Se le impuso un cupo de 100 000 pesos que debió pagar en el plazo de cuatro horas. El 6 de junio de 1834 el Consejo de Gobierno, haciendo eco a los artículos de aquel periódico, dictó pena de destierro y confiscación de bienes contra él. Pero muy poco después la Convención Nacional revocó estas órdenes. El 11 de octubre del mismo año un ayudante del general Nieto, Juan Antonio Vigil, fue acusado de haber intentado matarlo y se siguió un proceso contra Vigil. A poco de eso murió la hermana del obispo, María Presentación que, como se ve, tampoco gozó de las simpatías de Flora. Goyeneche fue elegido en 1860 Arzobispo de Lima, cargo que ejerció hasta su muerte en 1872. (V. El Arzobispo de Goyeneche por Pedro José Rada y Gamio, Lima, 1917; el proceso contra Vigil puede consultarse en un folleto de 32 páginas existente en la Biblioteca Nacional del Perú). (N. de la T.)

No pudo acabar. Al pronunciar estas últimas palabras su voz se extinguió en un sollozo. ¡Era una escena emocionante! Mi tío se levantó y me dijo en francés.

—¡Qué lección, Florita, para aquellos cuyos deseos aspiran a bienes cuyo peso excede a sus fuerzas! Esta familia ha llegado a adquirir inmensas riquezas, títulos, honores, dignidades. Pero no ha comprendido que era preciso saber perder una parte de sus ventajas para conservar el resto. La moral se ha abatido bajo los favores de la fortuna. Al sobrevenir los reveses no han podido resistir el asalto. El uno va a morir idiota y la otra loca.

El obispo parecía un esqueleto, tan delgada, envejecida y cadavérica estaba su cara. Cubierto por completo de seda y oro, hundido en un gran sillón, dando apenas signos de vida, parecía asistir él mismo a sus pompas fúnebres. Me conmovía este espectáculo por absurdo que fuese el dolor que conducía al obispo a la tumba. ¿Qué valor atribuye, pues, al oro, me preguntaba yo, para afectarse así tan vivamente por su pérdida si lo empleaba tan poco en sí mismo y jamás consolaba un infortunio? Pero buscaba en vano. La avaricia ofrece a mis ojos un problema moral al que nunca me ha sido posible encontrar solución. Si ese prelado hubiese distribuido sus riquezas a los pobres sus enemigos jamás habrían podido prevalecer contra él. Las virtudes del apóstol habrían protegido con más eficacia ese oro que mancillaba su carácter y ni el monje Valdivia, ni Nieto, ni cualquier otro osarían atentar contra su tranquilidad. La pobre Mariquita en quien el amor del oro había sustituido todo otro afecto, que había rechazado con desdén a todos los pretendientes porque ella quería ante todo juntar dos masas de oro de igual peso, ¿no ofrece también un fenómeno moral imposible de explicar?

Quise también hacer una visita a San Román. No lo había visto todavía. No había salido hasta entonces porque necesitaba hacer creer el cuento de su cadera rota. Mi tío temía mi franqueza e hizo todo cuanto pudo para impedir que fuera. No quiso acompañarme sino cuando Escudero se ofreció a ser mi caballero. Éste anunció a San Román mi visita y tuvo el cuidado de advertirle que no se asustara con la libertad de mi lenguaje.

Al dirigirme a la casa de Gamio, donde se había alojado San Román con todo su estado mayor, mi tío no cesaba de repetirme:

—Florita, le ruego tener cuidado en lo que diga al general, pues...

—¿De qué general me habla usted?

—Pues de San Román.

—¿Es general, ahora?, ignoraba su ascenso.

—Sólo era coronel. Pero usted comprende, después de esta victoria será nombrado general y la cortesía exige...

—¡Ah!, ¡ah!, tío, le ruego a mi vez que no me haga reír. De otra manera no respondo por las locuras que puedo soltarle a su general, tan hábil en la carrera que debería mandar una tropa de liebres.

Al entrar en casa de Gamio vimos en el gran salón a un grupo de oficiales en pie que gesticulaban y hablaban muy alto. En cuanto nos distinguieron se retiraron precipitadamente a la pieza vecina. Quise seguirlos para sorprender al general vencedor apoyado sobre sus dos piernas. Pero mi tío adivinó mi maligna intención y me retuvo diciéndome: Espere a que nos anuncien.

Dos o tres de aquellos señores se acercaron y me dijeron:

—Señorita, el general está muy halagado con su visita. Está felizmente un poco mejor. Lo verá usted tendido sobre un canapé.

Entré en el dormitorio de la señora Gamio. San Román se excusó de no poder levantarse para recibirme. No estaba acostado, sino sólo sentado, con la pierna estirada sobre un banquillo. El San Román tan temido por los arequipeños no presentaba en su persona nada tan temible. Tenía alrededor de treinta años. Su fisonomía era abierta y alegre. Pero sus cabellos, su barba y el color de su piel denotaban que tenía sangre indígena en las venas. Esto lo hacía muy feo a los ojos de los peruanos de raza española. Nuestra conversación fue muy original, burlona y seria al mismo tiempo. Conversaba bien, pero tenía un defecto terrible para la reserva que me había recomendado mi tío: era el reír a carcajadas a propósito de la menor cosa. Esta extrema hilaridad contrastaba con la seriedad de las personas que lo rodeaban. Esto me animó y yo también reí bastante.

—¿Es cierto, señorita, me dijo con un movimiento de orgullo muy pronunciado, que los arequipeños han tenido miedo de mí?

—A tal punto, coronel, que llegué a darle el sobrenombre de Coco.

—¿Y qué sentido dan ustedes a ese nombre?

—Es el que las niñeras emplean en Francia para intimidar a los niños pequeños: si no eres formal, si no haces lo que te digo, les dicen ellas, llamo al Coco que vendrá a comerte. Y el niño espantado obedece al instante.

—¡Ah!, ¡ah!, ¡la comparación es encantadora! Nieto es la niñera, los arequipeños son los niños y yo soy el hombre que me los como.

—¿Va usted, pues, a comerse a estos pobres arequipeños?

—¡Dios me libre! Vengo, al contrario a restablecer la tranquilidad, a alentar el trabajo y el comercio para que tengan qué comer.

—Es un noble propósito, coronel. Me gustaría conocer el sistema que intenta seguir para alcanzarlo.

—Nuestro sistema, señorita, es el de la señora Gamarra. Cerraremos nuestros puertos a esa multitud de barcos extranjeros que vienen a infestar nuestro país con toda clase de mercaderías que venden a tan bajo precio, que la última de las negras puede pavonearse adornada con sus telas. Usted comprende, la industria no podrá nacer en el Perú con semejante concurrencia. Y mientras sus habitantes puedan conseguir en el extranjero, a vil precio, los objetos de consumo no intentarán fabricarlos ellos mismos.

—Coronel, los industriales no se forman como soldados y las manufacturas tampoco se establecen como los ejércitos, por la fuerza.

—La realización de ese sistema no es tan difícil como usted lo cree. Nuestro país puede proporcionar todas las materias primas: lino, algodón, seda, lana de una finura incomparable, oro, plata, hierro, plomo, etc. En cuanto a las máquinas, las haremos venir de Inglaterra y llamaremos obreros de todas las partes del mundo.

—¡Mal sistema, coronel! Créame, no es aislándose, como harán nacer el amor por el trabajo, ni excitarán la emulación.

—Y yo, señorita, creo que la necesidad es el único aguijón que obligará a este pueblo a trabajar. Observe también que nuestro país se halla en una posición más ventajosa que ninguno de los de Europa pues no tiene ejército gigantesco ni flota que sostener, ni una deuda enorme que soportar. Se encuentra así, en circunstancias favorables para el desarrollo de la industria. Y cuando la tranquilidad se restablezca y hayamos prohibido el consumo de mercaderías extranjeras ningún obstáculo se opondrá a la prosperidad de las manufacturas que establezcamos nosotros.

—¿Pero, no cree usted que por mucho tiempo todavía la mano de obra será más cara aquí que lo es en Europa? Ustedes tienen una población muy escasa y ¿la ocuparán en la fabricación de tejidos, de relojes, de muebles, etc.? ¿Qué sucederá con el cultivo de las tierras, tan poco avanzado y con la explotación de las minas que se han visto obligados a abandonar por falta de brazos?

—Mientras estemos sin manufacturas los extranjeros continuarán llevándose nuestro oro y nuestra plata.

—Pero coronel, el oro y la plata son productos del país y más que otra cosa perderán su valor si no los pueden cambiar con los productos del exterior. Le repito, la época de establecer manufacturas no ha llegado todavía para ustedes. Antes de pensar en ello hay que hacer nacer en la población el gusto por el lujo y por las comodidades de la vida, crearle necesidades a fin de inclinarla al trabajo y sólo por la libre importación de mercaderías extranjeras lo conseguirán. Mientras el indio camine con los pies descalzos se contentará con una piel de carnero por todo vestido, con un poco de maíz y algunos plátanos para alimento y no trabajará.

—Muy bien, señorita, veo que defiende con celo los intereses de su país.

—¡Oh! No creo olvidar en esta circunstancia que pertenezco a una familia peruana. Deseo ardientemente ver prosperar a esta nación. Instruyan al pueblo, establezcan comunicaciones fáciles, dejen el comercio sin trabas y verán entonces cómo la prosperidad pública marchará a pasos de gigante. Sus hermanos de América del Norte han admirado al mundo por la rapidez de sus progresos empleando los medios muy sencillos que le propongo.

Nuestra conversación fue larga. Mi alegría y mi gravedad encantaron de tal manera al vencedor que cuando me levanté para retirarme olvidó su cadera rota y se levantó al mismo tiempo que yo para acompañarme. Tuve la malicia de dejarle dar algunos pasos, a pesar de las caras alarmadas de los oficiales presentes y le dije enseguida:

—General, no quiero que vaya usted más lejos. Está usted enfermo, su herida es muy peligrosa. Quédese bien envuelto en su abrigo, no hable de economía política, fume buenos cigarrillos y con el tiempo, siguiendo este régimen, espero que se restablecerá.

San Román me agradeció el interés sincero que le demostraba y se puso a cojear al regresar a su canapé.

Por la tarde Escudero fue a verme. Al distinguirlo me puse a reír tan alegremente que no pudo dejar de reírse conmigo. Nos habíamos comprendido.

—Querida, Florita, así es el mundo. Una comedia perpetua en la que somos ya actores y ya espectadores. Quizá si en Tacna, en estos momentos, el general Nieto tiene el brazo en cabestrillo. ¡Ay, Dios mío! Esas pequeñas supercherías son muy inocentes.

—Sí, sin duda coronel. Pero convenga usted en que cuando se hace anunciar en público que se tiene la cadera rota se debería tenerlo presente y no levantarse para despedir a las damas.

—¡Y es usted, con sus ojos de gacela cuyo poder conoce muy bien, es usted quien hace un reproche a ese pobre San Román por haber olvidado en su presencia que su cadera debería parecer rota! ¡Ah, señorita Flora! Eso no es generoso.

—Coronel, no se trata aquí de generosidad. La posición de San Román ha debido parecerme risible y usted mismo acaba de reírse hace un instante.

—¡Ah! En mí es diferente. Yo soy como el querido Althaus. Me río de todo. Además, no he realizado la conquista del vencedor como la linda Florita.

—¿De veras?, ¡ah!, esto me reconcilia con él. No creía haberlo dejado muy satisfecho después de las grandes verdades que le dije a propósito de su absurda política...

—Usted le ha gustado de tal manera que me ha dicho: "Si yo fuese libre pediría en matrimonio a esta señorita. No concibo, cómo ustedes, solteros, la dejan irse".

—¡Ah!, pero parece que se cree irresistible el señor Coco.

—Antes de haber ganado la batalla, quizá no se hubiese atrevido a hablar así. Pero actualmente usted debe sentir, amable Florita, que para el vencedor de Cangallo nada hay imposible.

—Escudero, los hombres de este país son realmente curiosos. Cuando en Europa yo quiera describir sus actos no me creerán.

—Escriba de todos modos su viaje y si los franceses no le creen, los peruanos aprovecharán tal vez las verdades que usted tendrá el valor de decirles.

Escudero juzgaba como Althaus a los hombres con quienes estaba obligado a vivir. Pero más suave de maneras y de carácter que mi primo se divertía como hombre alegre, con las ridiculeces que veía. Tenía para los peruanos esa indulgencia insultante que se concede a aquéllos a quienes uno desdeña de hacer una exhortación.

Antes de dejar Arequipa quise también despedirme de mi prima, la monja de Santa Rosa.

Fui sola a esta visita. El valor y la perseverancia que había manifestado la joven religiosa eran admirados por todo el mundo. Pero vivía en el aislamiento y aunque estaba relacionada con las familias más ricas e influyentes del país, nadie se atrevía a verla pues los prejuicios de la superstición han conservado todo su rigor en este pueblo ignorante y crédulo.

Fui por la tarde a la casa que habitaba Dominga. La encontré ocupada en aprender francés. Se juzgaba como un crimen en ella el gusto que demostraba por la toilette y el lujo, como si después de haber huido del claustro debiera continuar en el mundo con sus absurdas autoridades. Su madre, la señora Gutiérrez, la rechazó con dureza. Su hermano y una de sus tías, muy ricos el uno y la otra, eran las dos únicas personas de la familia que tomaron su partido.

Le amueblaron una casa, le dieron esclavos y dinero para vivir y comprar un ajuar. El amor por el lujo y la toilette es un sentimiento muy natural. Puede ser imprudente en los que carecen de medios para satisfacerlo, pero racionalmente, no podría incurrirse en la censura pública. Concibo que estos goces puedan parecer pueriles a las personas preocupadas por altos y graves pensamientos. Pero, aunque muy sencilla en mis gustos, no puedo encontrar un motivo que excuse los reproches que, por este motivo, era objeto la monja. Me parecía muy natural que la pobre reclusa se desquitase de sus once años de cautiverio, de los tormentos y de las privaciones de toda especie que había sufrido en Santa Rosa.

Dominga estaba encantadora aquella tarde. Lucía un lindo vestido escocés rosa y negro, de gros de Nápoles, un mandillito de encaje negro, mitones de tul negro que dejaban ver a medias sus brazos torneados y sus manos con los dedos alargados. Sus hombros estaban desnudos y un collar de perlas ornaba su cuello. Sus cabellos, de un negro de ébano, brillaban como la seda más hermosa y caían sobre su seno en varias trenzas artísticamente mezcladas



con cintas de raso rosa. Su bella fisonomía tenía un tono de melancolía y de dolor que esparcía en toda su persona un encanto indefinible.

Cuando entré, avanzó hacia mí y me dijo con un acento que me penetró de tristeza:

—¿Es verdad, Florita, que regresa usted a Francia?

—Sí, prima, me voy y vengo a decirle adiós.

—¡Ah, Florita! ¡Qué feliz es usted y cómo envidio su suerte!

—¡Querida Dominga! ¿Es usted muy desgraciada acá?...

—Más de lo que puede usted imaginarlo..., mucho más de lo que alguna vez fui en Santa Rosa...

Al decir estas palabras retorció sus manos con desesperación y sus grandes ojos con expresión sombría se elevaron hacia el cielo como para reprochar a Dios el cruel destino que le había deparado...

—¿Cómo, Dominga, usted libre, usted tan hermosa, adornada tan graciosamente, usted es más desgraciada que cuando se hallaba prisionera en ese lúgubre monasterio, sepultada entre sus velos de religiosa? Confieso que no la comprendo.

La joven inclinó hacia atrás su cabeza altiva y mirándome con una sonrisa melancólica me dijo:

—¡Yo, libre!... ¿y en qué país ha visto usted que una débil criatura, sobre quien cae el peso de un atroz prejuicio, sea libre? Aquí, Florita, en este salón, ataviada con este lindo vestido de seda rosa, ¡Dominga es siempre la monja de Santa Rosa!... A fuerza de valor y de constancia pude escapar de mi tumba. Pero el velo de lana que yo había elegido está siempre sobre mi cabeza y me separa para siempre de este mundo. En vano he huido del claustro, los gritos del pueblo me rechazan...

Dominga se levantó para respirar. Me pareció, en el movimiento que hizo, que su velo la ahogaba todavía... Quedé anonadada... Aquí está en toda su hermosura, pensé, la civilización que trae el culto de Roma. Así como la religión de Brahma, este culto que invoca audazmente el nombre de Cristo tiene sus parias y las criaturas que Dios ha colmado con sus dones son también lapidadas por esos feroces sectarios. Consideré con dolor a mi pobre prima que se paseaba a lo largo de su habitación. Parecía hallarse en un violento estado de agitación. ¡Cuán noble era su aspecto! ¡Cuán

esbelto y flexible su talle! ¡Cuán fina su pierna y su pequeño pie! Tantos encantos, tantos elementos de felicidad estaban perdidos... perdidos porque el fanatismo ahogaba entre sus garras a esta graciosa criatura.

—Querida Dominga, le dije, venga a despedirme. Veo que mi presencia aquí le causa turbación y no he venido con este propósito. La quiero a usted con toda mi simpatía. Mi desgracia sobrepasa aún a la suya...

—¡Oh! ¡Imposible!, exclamó con voz vibrante echándose en mis brazos. ¡Oh! No; es imposible, pues la mía excede a las fuerzas humanas!

Me tenía estrechamente abrazada y sentía su corazón que latía como si fuese a romperse. Sin embargo, no lloraba.

Se hizo un largo silencio. Sentíamos una y otra que nos hallábamos en una de esas situaciones en las que basta una sola palabra para levantar una multitud de penosos pensamientos. Al fin Dominga se desprendió de mis brazos con un movimiento brusco y me dijo con un tono de voz terrible.

—¡Más desgraciada que yo...! ¡Ah, Florita! ¡Usted blasfema! Usted desgraciada, cuando puede amar al hombre que le agrada y casarse con él!... No, no, Florita, ¡yo sola tengo el derecho de quejarme! ¡Si me distinguen en las calles, me señalan con el dedo y las maldiciones me acompañan!... Si voy a participar de la alegría común en una reunión, me rechazan diciéndome: "No es éste el sitio donde debe encontrarse una esposa del Señor. Entre en el claustro, regrese a Santa Rosa...". Cuando me presento a pedir un pasaporte, me responden: "¡Usted es monja... esposa de Dios!, usted debe vivir en Santa Rosa". ¡Oh!, ¡condenación! ¡Seré siempre monja!...

—Y yo, me repetía muy bajo, ¡siempre casada!...

La expresión con que Dominga pronunció estas palabras me hizo estremecer de espanto. Su desesperación la empujaba hasta la rabia. La desgraciada cayó agotada sobre el sofá. No intenté darle consuelo. No lo hay para semejantes dolores... Acariciaba sus cabellos. Corté un mechón de ellos para conservarlo religiosamente. Infortunada Dominga, ¡cómo compadecía su dolor!

Como a las diez golpearon a la puerta. Era el joven médico que la había ayudado a conseguir el cadáver de mujer. Ella le tendió la mano y le dijo con voz emocionada.

—Florita se va... y yo...

—Y usted también, interrumpió el joven. ¡Usted se irá muy pronto! Un poco con más de paciencia y no tardará en ver mi bella España y a mi buena madre que la querrá como a su hija.

A estas palabras la pobre Dominga suspiró como una persona que renace a la esperanza. La sonrisa reapareció en sus labios y con un acento de amor y de duda dijo:

—¡Que Dios le oiga Alfonso, pero ¡ay!, ¡temo no poder gozar jamás de semejante dicha!

Esta última escena me inició en los pesares de mi prima y me hizo comprender cuánto debía sufrir...

El momento de mi partida se aproximaba. En casa de mi tío mostraban la cara entristecida, pero había leído el fondo de sus pensamientos y su tristeza me hacía el efecto de las lágrimas de un heredero. Por más consideraciones que me demostraron mi manera de ser en la casa atestiguaba a los ojos del mundo la conducta de mi familia para conmigo. Mi vestido, de extrema sencillez, anunciaba bien a las claras que esta rica familia no suplía con sus regalos mi falta de fortuna. Y la hija única de Mariano se veía tratada como una extraña en casa de don Pío. Sin embargo estaba tranquila y resignada. Ni mis palabras, ni mi fisonomía manifestaban mi descontento. Después de la escena que tuve con mi tío no me permití la más ligera alusión a la suerte a que me había condenado. Mas esta dignidad de modales les hacía sentirse incómodos consigo mismos y delante de los demás. Mi presencia era para todos ellos un reproche perpetuo y mi tío, que me quería realmente, sentía remordimientos.

Quise tener una conversación con mi tía a propósito de los niños. Le supliqué que me confiase a su hijo y a su segunda hija, Panchita, para hacerlos educar en Francia de una manera conveniente a su fortuna y a su rango en la sociedad. Llamé particularmente su atención sobre Panchita, ese ángel de belleza y de espíritu que se volvería un ser extraordinario si sus grandes disposiciones se desarrollaban hábilmente. Mi tía, impresionada por las razones que alegué me dijo que podría consentir en la marcha de su hijo, pero por nada del mundo se decidiría a enviar a Panchita a Francia.

—¡Mandar a mi hija a un colegio de París para que se instruya en filosofía, en la herejía y el ateísmo! ¡Oh! Jamás con mi consentimiento pondrá los pies en un país donde se ridiculiza nuestra santa religión. Donde Voltaire y Rousseau son considerados como dioses y sus obras están en manos de todo el mundo.

En vano hice observar a Joaquina que en los colegios de Francia se educa a los niños en las creencias religiosas que sus padres quieren darles. Mi tía se indignaba porque en este punto se pudiese escoger y la conversación de tres horas que tuve con ella sobre este capítulo me la presentó como una fanática de aquéllas con que el catolicismo de Roma cuenta pocas hoy día. Joaquina me preguntó un día si en Francia los judíos y los protestantes entraban en las iglesias.

—Nadie tiene derecho de impedirselo, le dije.

—¡Ah! ¡Qué horror! ¡Qué sacrilegio!

—Por lo demás ¿cómo quiere que no suceda esto? ¿Podrían los sacristanes de las iglesias conocer en la cara la religión de cada individuo?

—Basta Florita, no me hable más de ese país de impiedad.

Rechazada por mi tía me dirigí a mi tío. Éste no era accesible a los mismos temores. El riesgo que en Francia pudiesen correr las ideas supersticiosas de sus hijos no entró para nada en las consideraciones en que fundó su negativa.

—Florita, me guardaré muy bien de enviar a mis hijos a Europa. Tengo ante los ojos demasiados ejemplos de los malos resultados de la educación que allí se recibe. Todos regresan a su país, después de seis u ocho años de ausencia, con gustos de lujo y despilfarro y no saben ya hablar su idioma. En cambio hablan francés, lengua completamente inútil aquí, bailan la galopa, baile endemoniado que requiere un espacio inmenso para ejecutarlo; mientras en el Perú se baila con el pañuelo en cuatro pies cuadrados,<sup>94</sup> montan caballo a la inglesa, moda que en nuestros caminos sólo es buena para romperse la cabeza. En fin, además de esos hermosos conocimientos, los niños prodigios tocan violín, flauta o cuer-

<sup>94</sup> Flora se refiere con toda claridad a la zamacueca, hoy llamada marinera, aunque en el texto francés llama a este baile "le mouchoir". "On dance le mouchoir" —dice, probablemente porque olvidó un nombre que debió parecer muy difícil a sus oídos. (N. de la T.)

no. Convenga conmigo, Florita, en que no es una educación capaz de hacer hombres útiles a la república.

—Ciertamente, tío, habría que dejar a su hijo en el Perú si en Europa debiera recibir semejante educación, pero ¿no cree que sea posible darle una mejor?

—¡Ah! Estoy muy lejos de pensarlo. Sin embargo, desde 1815 más de veinte jóvenes han sido enviados a Europa y han regresado tal como acabo de describirlo.

—Tío, éstos han recibido la educación que la necesidad de sus padres ha querido darles. ¿Conoce usted las cartas que el afecto paternal inspira a aquellos padres ilustrados y que dirigen a los apoderados de sus hijos? He visto algunas en manos de ciertos negociantes de Burdeos. Todas trazan el programa de estudios del querido hijo. Siempre el mismo: desean que el joven aprenda francés, monte a caballo, baile a la moda de París, toque violín, etc. Pero en ninguna he visto recomendar que les enseñen matemáticas, dibujo y los conocimientos requeridos para entrar en una de las escuelas de ingenieros, de minas o politécnicas, que los instruyan en arquitectura o que los envíen a aprender agricultura en las haciendas modelos. Tampoco era cuestión de hacer frecuentar las escuelas de Derecho o de Medicina a alguno de ellos. Los padres no pueden quejarse sino de sí mismos si sus hijos han recibido una educación fútil que no los hace apropiados para ninguno de los empleos de la sociedad. Sin duda los habían destinado a comer plata y no a ganarla. Convenga, tío, en que la acusación hecha contra la educación europea es la mayor injusticia. Althaus, Escudero, Bolívar y usted mismo, tío, han sido educados en Europa. Me parece que ustedes cuatro hacen honor a la educación que han recibido para que ninguno de ustedes se coloque en el número de sus detractores.

—Althaus y Escudero tenían a sus padres a su lado para dirigir su educación. Bolívar tuvo por guía y amigo a Rodríguez, hombre de gran mérito y yo tuve a su padre, mi querido Mariano, cuyos cuidados y solicitud jamás me perdían de vista y me trataba como a su hijo. Su padre, educado en el colegio de La Flèche encontró buena la educación que él había recibido y vino a buscarme. No tenía yo entonces sino siete años y me puso en el mismo colegio. A la edad de dieciocho años me retiró de él para hacerme

entrar como suboficial en el soberbio regimiento de los guardias walones. Mi servicio me dejaba muchos ocios y mi hermano me los hacía emplear en el estudio. Recompensaba mi asiduidad dándome maestros de música o de baile. Consideraba estos talentos como propios únicamente para hacerse ver bien de las damas. Durante mis vacaciones me enviaba a viajar a Inglaterra y a Alemania para instruirme en las costumbres, en la política, la industria y la organización militar de aquellos países. Quería que tomase notas sobre todo cuanto veía y estaba obligado a hacerle una relación de mis viajes, redactada con tanto cuidado y exactitud como si hubiese sido destinada a la imprenta. Ese trabajo me era a menudo penoso y habría preferido divertirme. Pero yo quería a mi hermano con esa deferencia que un hijo tiene hacia su padre. La gran diferencia de edad que había entre nosotros y su carácter serio y severo me inspiraban un respeto a veces mezclado de temor. Concibo, Florita, que cuando un joven tiene semejante hermano por mentor haga rápidos progresos. ¡Pero enviarlo consignado a un negociante para que lo ponga en un colegio como puede colocar un fardo en un almacén, cargue en cuenta a los padres el quince o veinte por ciento de comisión y no se inquiete por nada más! Le repito que es un método detestable y es, sin embargo, el único que tenemos. Además, encuentro inútil hacer muchos gastos cuyo resultado sería quizá hacer de Florentino peor de lo que es.

Mis instancias no pudieron obtener nada de mi tío. Me objetó que la edad de Florentino y su carácter engreído por su madre lo harían indócil a mis consejos y a la dirección que yo pretendiera darle. Combatí sus objeciones haciéndole observar que el amor propio de su hijo y el sentimiento de su inferioridad lo inducirían a hacer esfuerzos para ponerse al nivel de los camaradas que tuviese a su alrededor. Derrotado en todos los puntos mi tío alegó el gasto que le ocasionaría la permanencia de Florentino en Francia. Sonreí a esta última objeción.

—No hablo, agregó, de los gastos de una educación que no sabría aprovechar, sino de los gastos a los que su edad no tardaría en arrastrarlo.

Ciertamente, don Pío es suficientemente rico para correr el riesgo de pagar algunas locuras de juventud, mas el pobre hombre sufría para ocultar el verdadero motivo que lo hacía persistir en su negativa. Mi tío ha reinado siempre en su casa como amo abso-

luto. Preferiría morir antes de ver declinar esta influencia dominadora. No se cree viejo. Sus facultades intelectuales se hallan intactas y parece que no quisiera pensar que puede llegarle la decrepitud. Su hijo es espiritual, pero ignorante y lleno de defectos producidos por la falta de educación. Don Pío desea que su hijo tenga siempre necesidad de él y a la deferencia debida a un padre aúne la del ejemplo dado por todas las personas que lo rodean. Con este objetivo mi tío no quiere que este niño adquiriera nuevas ideas y desarrolle su inteligencia. Teme que la educación europea tenga por resultado inspirar a Florentino confianza en sí mismo y desdeñar los consejos y opiniones de su padre. Mi tío tiene inmensas e importantes propiedades que dejar a sus hijos y se imagina que esto será una compensación suficiente a la falta de instrucción. Cree poder satisfacer ese amor de dominio que siente hasta en su casa, sin comprometer la existencia futura de estos niños. Pero los bienes de la fortuna son tan precarios, tan pocas personas los conservan, que fiar en ellos para el porvenir es la más insigne aberración del espíritu humano. El precepto que la sabiduría predica a los hombres, desde hace más de dos mil años, el de contar sólo consigo mismo y considerar las riquezas como accidentales y los talentos como las únicas realidades de este mundo recibe diariamente su demostración en un país atormentado por la discordia, donde los individuos a quienes se supone ricos están sin cesar expuestos a exacciones. Yo también había nacido para tener una parte igual a la de don Pío en la inmensa fortuna dejada por mi abuela. Mi padre lo creía así: su hija, decía, tendría un día 40 000 francos de renta. A pesar de ello trabajo para vivir y educar a mis hijos. No ha dependido de mí evitar a los de mi tío las rudas pruebas por las que yo he pasado si la fortuna de su padre, como la del mío, llegasen a frustrar sus esperanzas. Habría deseado que tuviesen talento para que pudiesen, en la prosperidad, sustraerlo a las pasiones y hacerlo útil a sus semejantes, y en la necesidad, subvenir a su existencia. Pero Dios no ha permitido que mi tío tuviese la voluntad de hacerlo.

La víspera de mi partida don Pío me renovó la promesa hecha delante de toda la familia de asegurarme, una vez restablecida la tranquilidad, la pensión de 2 500 francos que me daba y me entregó una carta para M. Bertera en la que daba orden de pagarla puntualmente y por adelantado.